

»Recibid mi más respetuoso saludo, querida y hermosa visión de mi alma, y creed en el inalterable respeto de vuestro apasionado admirador

»J. VAN BERG.»

—No estoy descontento de mi estilo—dijo el ingeniero al escribir el sobre de la carta, que fué inmediatamente á depositar en el buzón.

La satisfacción de sí mismo era en él habitual, por otra parte.

La respuesta no debía hacerse esperar.

#### IV

El saloncito que Isabel Robert ocupaba de ordinario en casa de su madre en la rue Royale, era una pieza amueblada según el gusto chino, que era el que estaba entonces de moda.

Con un poco de buena voluntad, hubiera podido cualquiera forjarse la idea de hallarse allí en la casa de un habitante del Celeste Imperio. Es cosa curiosa por demás que tratemos de bárbaros á los chinos y les compremos cuanto producen, mientras ellos lo pasan muy bien sin nosotros, no teniendo más que una aspiración: la de cerrarnos sus puertas y vernos lo menos posible; no nos quieren ver ni en pintura.

Sus dragones y los animales fantásticos de sus pagodas, sus sedas y sus porcelanas, bastan para hacerlos dichosos.

Son unos sabios.

Los muros del salón de Isabel Robert desaparecen bajo los tapices de seda amarilla, bro-

chada con los dibujos más caprichosos que pueden salir del cerebro de un artista de Pekín, y sobre estos tapices resaltan broncees extraños, dioses, ídolos y otras representaciones de la civilización mongólica.

Del centro del techo pende una linterna de papel, muy curiosa.

Con el bambú, la porcelana y el papel, un chino hace una casa, lo cual no prueba que son más bárbaros que nosotros.

La única diferencia está en que su lujo es barato, mientras que nosotros lo pagamos sumamente caro.

Lo que distingue y caracteriza á las naciones que se llaman ultracivilizadas, es que en ellas sólo los millonarios tienen el derecho de no morir de hambre.

Isabel Robert tenía la suerte de pertenecer á la categoría de los millonarios.

Su madre, viuda de un magistrado, poseía una gran fortuna.

Al día siguiente de su conversación con van Berg, aquella joven, privilegiada por su nacimiento, pensaba con alguna turbación en el encuentro que había tenido la víspera, y lamentaba quizás haber ido demasiado lejos.

Sin embargo, excusaba su ligereza por el deseo de ser útil y prestar un servicio á una amiga de la infancia.

Recordaba, aunque vagamente, á una muchacha blanca, mayor que ella, que la protegió á su entrada en el colegio del Sagrado Corazón, en donde las dos se educaron.

Era una joven belga llamada Clotilde Smitbacher.

Esta abandonó poco después el convento, pero Isabel no la olvidó nunca, aunque de sus relaciones no quedó más que este recuerdo. Únicamente el nombre de van Berg le trajo á la memoria las relaciones de éste con Clotilde, con la cual debía casarse.

De aquí la sorpresa producida por la historia de su compañero de viaje.

Eran las diez de la mañana.

Sentada en un gran sillón de bambú que podía considerarse como un intruso entre el mobiliario pseudo-chino del salón, tenía en la mano la carta del belga y la leía á intervalos, como recreándose en ciertas frases de la amorosa epístola, á la manera que un gastrónomo saborea un manjar de su agrado.

Estaba á la vez irritada y satisfecha.

Irritada, por verse tratada por aquel conquistador como una plaza de fácil rendición.

Satisfecha, porque una mujer, por honesta que sea, experimenta siempre un verdadero placer, viéndose objeto de la admiración, si quiera sea ilegítima, de un hombre.

¡Secretos de la naturaleza!

La joven quedaba sumida en una sensación de bienestar, como si una mano suave le acariciase la cabeza.

Respiraba voluptuosamente el aire perfumado y seguía con la mirada vaga los rayos solares que se filtraban á través de los transparentes, cuando la distrajeron de su meditación dos golpes dados en la puerta.

Antes de que ella respondiese, una doncella abrió la puerta para dar paso á una visita, anunciándola con estas palabras:

—La señora de Combes.

Isabel se levantó y dijo cogiendo las manos á la recién llegada:

—¡Ah! mi buena amiga; la Providencia te envía.

Era aquella una joven, viuda, de unos treinta años, muy elegante y de fisonomía expresiva.

—¿La Providencia?—exclamó sorprendida.

—Lo vas á ver. ¿Has vivido en Lieja?

—Tres años; tres largos años de matrimonio; ya sabes lo mal que me fué.

—¿Conoces allí á todo el mundo?

—Poco menos.

—¿Conocerás á un tal van Berg?

—¿Van Berg?—preguntó la joven, como tratando de recordar.

—Sí Josephin van Berg.

—Espera un poco. Hace cinco años que tuve el dolor de perder á mi marido. ¡Que le sea leve la tierra! Me apresuré á huir de cuánto podía recordármelo, y sobre todo de su país, en donde me aburría. Mis recuerdos son muy confusos. ¡Ah! Ya sé. La familia de los van Berg es numerosa. El que responde al nombre que tú has dicho está en buena posición; es de excelente familia y tiene una fortuna sólida. ¿Y por qué lo preguntas?

—Ya lo sabrás. Responedme. ¿Que concepto se tiene de él?

—Ni bueno ni malo.

—Pero...

—Es un buen mozo, algo ligero, un poco...

—¿Atrevido?

- No es esa precisamente la palabra.  
 —¡Ya comprendo!  
 —¿Le conoces?  
 —Ayer viajé en su compañía dos horas.  
 —¿Dos horas? Es mucho. ¿Ibais solos?  
 —No.  
 —Respiro.  
 —¿Por quién me tomas?  
 —¿Te ha hecho la corte? Confíesalo.  
 —En seguida. No tengo secretos para tí. Lee.  
 —El estilo es bueno—dijo la amiga, recorriendo con la vista la carta de van Berg.—Se vé que conoce el oficio. ¡Ah! Su mujer ha procedido muy bien tomando represalias.  
 —¿Conoces su historia?  
 —Conservó algunas relaciones allá y estoy al corriente de los pequeños escándalos de Flandes.  
 —¿A pruebas la conducta de la señora de van Berg?  
 —Sin reserva.  
 —¿No se llama Clotilde?...  
 —Smittbacher.  
 —Justo. La he conocido en el Sagrado Corazón. ¿Ha debido hacerse una soberbia belleza?

- Así es. Solo que es algo...  
 —¿Sencilla?  
 —Más que eso. Es de esas mujeres en las cuales la materia absorbe el espíritu. En el fondo es una mujer de excesiva bondad, y tentadora como una encarnación de la Venus antigua. Si ha engañado á su marido ha sido solo por bondad... para con el otro.  
 —Tarde ó temprano la idea de las represalias tiene que nacer forzosamente en el alma de una mujer tantas veces engañada. ¿Sostendrás que los maridos descarriados merecen mujeres fieles? ¿Crees que no se puede perder la paciencia?  
 —¿Defiendes su causa, ó la tuya?  
 —La de las dos. Me intereso por esa pobre muchacha por la semejanza de su situación con la mía. Cuando era niña me protegía en el colegio, y quiero serle útil reparando mi falta con una buena acción.  
 —¿Cuál?  
 —Obligando á ese hombre á una reconciliación.  
 —¿Cómo?  
 —Proporcionando á la mujer armas iguales á las de su marido. ¡Ah!—añadió suspirando—

¡Si pudiera ella prestarme igual servicio!  
La joven viuda sonrió y guardó silencio.  
Evidentemente había concebido una idea,  
pero la guardaba para sí.

Al cabo de un instante se limitó á decir:

—¿Por qué medio?

—Por uno muy sencillo: aprovechando el ardiente temperamento del marido...

—¿Qué le vas á contestar?

—¡Ah! es justo darle una respuesta—dijo Isabel reflexionando.

Abrió su *secréter*, mueble pequeño de laca, que no desdecía del gusto del mobiliario del salón, y dijo:

—Escucha.

«Querido...

—Querido es demasiado—exclamó rompiendo el papel y arrojando al cesto los pedazos. Procedamos con cautela.

«Caballero...

»Me ha impresionado vuestra carta. Estoy de ordinario en casa á las tres de la tarde, y voy al bosque de cinco á seis con mi madre. Os recibiré con gusto y podremos tratar del asunto serio de que me hablais.

»Recibid...

—¿Qué?

»El testimonio de mi consideración...»

—Fórmula necia que jamás he comprendido.

¿Y tú?

—Tampoco.

Y firmó «Isabel Robert.» ¿No ves en ello inconveniente?

—¡Ninguno!

—¿Me aseguras que este ingeniero es una persona de mundo? Si es así, todo va bien. Ya veremos después.

En seguida tocó un timbre, y á poco entró una doncella, linda, joven, rubia, fresca y de hermosa dentadura.

—¡Ah! ¡qué idea!—dijo en alta voz Isabel.

—¿Qué?—preguntó la viuda.

—Nada; más tarde te lo explicaré. ¡Pero tal vez haya encontrada el medio, querida!

Rosa—continuó dirigiéndose á la doncella,—llevad en seguida esta carta al correo.

—Está bien, señora.

—¿Me dirás lo que has pensado?

—Sin duda. Es todavía una idea confusa, un proyecto en embrión. Déjame reflexionar, y mañana te lo diré todo. Ven á las tres. Lo sa-

brás todo sin trabajo, á menos que el transfuga de Lieja no falte á la cita, lo cual sería extraño.

—Vendrá. Pero hablamos demasiado de los demás. Tratemos de tu asunto...

—Mi abogado no augura nada bueno.

Isabel suspiró profundamente al decir esto.

—¿Estás triste?

—Mucho.

—¿Amas, pues, á tu marido?

—Creo que sí. Se les odia cuando no se los tiene al lado; pero se lamenta su pérdida.

—Y él, ¿qué piensa?

—¡Inflexible!...

—¿Como van Berg?

—Como él.

—Todos los hombres se parecen. ¡Ah! Si las mujeres formáramos una liga contra ellos, ¡con qué facilidad sorprenderíamos *in fraganti* á esos severos é implacables jueces!

—Sí; pero las mujeres no nos entendemos.

La viuda cogió una de las manos de su amiga, y dijo:

—Vamos á ver, ¿quieres recobrar á tu tirano?

—Lo confieso, aunque me avergüence confesarlo.

—Quizás podrías conseguirlo fácilmente.

—¿Cómo?

—Como decías hace un instante: *entendiéndonos*.

—¿Es que?...—preguntó Isabel mirando á su amiga de un modo extraño.

—¿Qué?

—¿Te habría acaso?...

—¡Toma!, ¡joven, rica, libre como el aire!....

—¡Y maravillosamente hermosa!...

—Gracias. Todos los hombres creen asegurado el éxito con nosotras. Tu marido piensa como los demás.

—¿Y?...

—Aquí para entre nosotras; yo he resistido: esta es toda la historia.

—¡Ah, traidor! ¿Y me lo ocultabas?

—¿Acaso se dicen esas cosas?

—¿Ni siquiera á la mejor amiga?

—Ni á una hermana. ¡Valor! ¡Mientras tu asunto no se resuelva, no lo mires como perdido! ¡Hasta mañana!

—Hasta mañana.

Al llegar á la puerta se volvió la amiga.

—¿Sigue siendo tu abogado el señor Papi-lot?

—Sí. Es amigo, y además gana todas las causas.

—¡Pero si la tuya es tan mala!...

—¡Ay!—suspiró Isabel.

Las dos mujeres se separaron.

Isabel se asomó á la ventana y vió á su amiga subir al coche, pero no oyó la orden que dió al cochero.

La viudita había dicho:

—Calle de Saint-Honoré, 260.

Eran las señas del domicilio del abogado Papillot.

## V

El despacho de *Maitre* Papillot aparenta seriedad, pero suavizada por la moda: no se parece en nada á los sórdidos escritorios de los antiguos servidores de Temis.

Los abogados van con la época.

Algunos no solo andan, sino vuelan.

Papillot no es de estos últimos.

Acepta del progreso unos adelantos y prescinde de los restantes.

Por eso ha suprimido los bustos de los antiguos jurisconsultos Potier, Cujás ó Bertholi, los libros que no se abrían nunca, destinados únicamente á cubrir las apariencias, reemplazándolos por cuadros de artistas modernos y bustos de mujeres elegantes. Las sillas del despacho son de lo más moderno.

En cambio, el señor Papillot lleva mostachos á la antigua moda.

¿Os gustan los abogados con barba?